



## EL REALOJO EMOCIONAL

Concha Valiño Pérez<sup>1</sup>

*Psicoanalista. Máster en Aplicaciones del perro a la Terapéutica Humana*

La teoría del realojo afectivo o emocional, es un intento de colaborar a la creación de un cuerpo teórico que sustente los resultados de la Terapia Asistida por Animales (TAA) desde una perspectiva psicoanalítica. Existen variadas investigaciones sobre los beneficios de la TAA en su aplicación a diferentes colectivos, pero carecen de un modelo teórico que les dé cohesión y justifique los mecanismos internos que se ponen en funcionamiento a través de este tipo de actuaciones y son generadoras de cambios. La hipótesis de este trabajo se apoya en la cualidad del animal como un objeto transicional, que posee la propiedad de producir una suerte de regresión afectiva hacia momentos evolutivos previos a la constitución del universo simbólico. Esto supondría un descanso de la actividad intelectual sostenida y de la presión emocional originada por las diferentes adquisiciones culturales de la especie humana.

**Palabras clave:** trastornos emocionales, realojo emocional o afectivo, terapia asistida con animales, psicoanálisis.

The Emotional or Affective Rehousing Theory of is an attempt to contribute to the creation of a theoretical body that supports Animal-assisted Therapy (AAT) from a psychoanalytic perspective. There are varied researches about the benefits of AAT implementation in different collectives. However, these investigations lack a theoretical model that unites them and that justifies the intern mechanisms that work through this type of actions and that generate change. The hypothesis of this work is based on the characteristic of animals as transitional objects that are able to produce an affective regression towards the evolutionary moments previous to symbolic universe constitution. This would mean a recess of sustained intellectual activity and emotional stress due to different cultural acquisitions of humankind.

**Key Words:** emotional disorders, emotional or affective rehousing, animal-assisted therapy, psychoanalysis.

*English Title:* Emotional rehousing

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Valiño Pérez, C. (2014). El realojo emocional. *Clínica e Investigación Relacional*, 8 (3): 452-475. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de [www.ceir.org.es](http://www.ceir.org.es) ]

## Introducción

En los últimos años multitud de artículos se encaminan a probar la eficacia de la Terapia Asistida por Animales (TAA) tanto en la población en general como en colectivos específicos. En nuestro país los grupos a los que tradicionalmente va dirigida comprenden personas ingresadas en Centros penitenciarios, ancianos cognitivamente intactos ingresados en Residencias, ancianos con demencia, niños con trastornos de tipo autista, enfermos mentales graves o discapacitados. Y últimamente pero con poca documentación Terapias Facilitadas por Animales (TFA) realizadas por psicólogos en el ámbito de la psicopedagogía y los trastornos del aprendizaje.

En general se la considera beneficiosa como complemento de la terapia tradicional, pero no como terapia exclusiva ni autosuficiente en si misma, y muchos autores hacen referencia tanto a la ausencia de estudios que evalúen sus resultados, como a la necesidad de crear un cuerpo teórico que justifique su aplicación.

Entre las preguntas que quedan sin contestar se encuentran la necesidad de entender su base teórica, y la cualidad de sus mecanismos subyacentes (Perkins y colaboradores, 2008).

## Desarrollo Histórico de las Terapias Asistidas por Animales

En EEUU hay precursores de esta técnica en el ámbito de “los trastornos emocionales” desde los años 60, se trata de psicoterapeutas que buscando o encontrando por casualidad un complemento a las terapias tradicionales, descubrieron que sus pacientes resolvían situaciones hasta entonces estancadas gracias a la presencia de un animal.

El mayor representante, en este sentido, es Boris Levinson, que publica en la revista “Mental Hygiene” el artículo “The dog as a Co-Therapist” en 1962. Este lituano emigrado a EEUU y doctorado en Psicología Clínica por la Universidad de Nueva York, con formación psicoanalista, nos explica como la presencia casual de su perro Jingles en su consulta de psicología infantil, resuelve una situación con un pequeño paciente retraído e incomunicado, a la que el terapeuta no encontraba salida. Se dio cuenta de que el niño empezó a prestar al perro la atención que no le brindaba a él, poco a poco se fue tranquilizando y adquiriendo confianza en el animal. Ya con posterioridad introdujo a su terapeuta en este círculo de confianza con una notable mejoría de sus síntomas. Mallon (2003) ratifica que en los niños con desordenes emocionales significativos y dificultades académicas, los animales funcionan como un agente catalítico que une al terapeuta con los infantes. Además los animales de granja podían ser objeto de los afectos de los niños, de tal modo que los pequeños afirmaban que hablaban con más libertad delante de ellos, y recibían confort físico si abrazaban a los

animales. Phillips (2003), también en consulta de psicología infantil afirma que el perro proporciona medios de conexión con los niños actuando como un rompehielos ante el dolor de sus pequeños pacientes. Continúa diciendo que crea un puente para establecer una relación más cercana con la terapeuta.

Samuel y Elizabeth Corson (1976) psiquiatras en la Universidad Estatal de Ohio realizaron un estudio empleando perros con pacientes psiquiátricos hospitalizados, que no respondían al tratamiento tradicional. Se entregaron los animales a los pacientes para que pudieran relacionarse libremente con ellos y se observó como los factores de comunicación no verbales eran potenciados y ello generaba que de forma paralela se produjesen en el grupo relaciones sociales más cómodas y generalizadas. Los resultados fueron aumento de la autoestima, aumento de la comunicación, de la independencia y de la capacidad de asumir responsabilidades.

A partir de estos momentos, y propiciados desde la psicología experimental una gran variedad de artículos intentan demostrar o verificar los beneficios que este tipo de TA A proporcionan a los seres humanos:

### *En cuanto a las mejoras físicas*

Friedman, Linch y Thomas (1980) publican un estudio llamado “Animales de compañía y supervivencia en pacientes un año después de salir de una unidad de cuidados coronarios”, en donde con una muestra de 92 pacientes verifican como el índice de supervivencia de los pacientes con animales de compañía es superior al de aquellos que no los tienen. Las razones que aportan son la reducción del estrés y de la ansiedad y el aumento del sentimiento de seguridad en los enfermos con mascotas.

En 1983 realizan un experimento en el que se toma la presión sanguínea y el pulso a niños hospitalizados, en presencia y ausencia de un perro. Los resultados son que en presencia del animal, la presión sanguínea desciende de forma generalizada.

Siegel (1990) comprueba como los ancianos que tienen mascota realizan menos visitas al médico que los que no la tienen.

Anderson y sus colaboradores (1992) con una muestra de 5.741 pacientes concluyen que los poseedores de mascotas tienen una presión sanguínea y un nivel de triglicéridos más bajos que el resto, y las diferencias no se podrían explicar por factores como el tabaco, la dieta, el índice de masa corporal o el perfil socioeconómico.

Por las mismas fechas (Serpell 1991), demuestra que hay menos problemas de salud a partir del primer mes de la adquisición de un perro y estos beneficios se mantienen hasta el

décimo mes, fecha en que finaliza el estudio. Además afirma que: “La contemplación de las actividades animales induce a un estado relajante de meditación o de ensueño. Los beneficios principales son a corto plazo y persisten mientras se observa al animal” (Serpell 1983).

### **Respecto a las mejoras psicológicas**

Conoceremos que en los niños con trastornos emocionales, el uso de perros disminuye la hiperactividad, aumenta la socialización y disminuye el comportamiento de confrontación (Kogan y otros 1999). Que los ejercicios de rehabilitación cognitiva que se realizan en presencia de animales obtienen mejores resultados que los que se realizan sin el animal (Nathanson y colaboradores 1993). Que los pacientes psiquiátricos con desordenes del humor (depresión, bipolares y otros), desordenes psicóticos y desordenes cognitivos reducen de forma significativa los niveles de ansiedad tras la aplicación de la TAA (Barquer y Dawson, 1998). Que el funcionamiento social mejora notablemente tras este tipo de terapias (Barak y otros, 2001). Que en pacientes esquizofrénicos se produce una mejora en la sintomatología negativa y de las relaciones interpersonales durante la terapia (Nathans-Barel y otros, 2005; Fuentes, Gallego y otros, 2012). Que los ancianos internados en residencias y no dañados a nivel cognitivo somatizan menos y presentan menos trastornos depresivos, obsesivos compulsivos y fóbicos que el grupo control (Colombo y colaboradores, 2006).

Para terminar, y quizás el estudio más dramático, es el de Kidd y Kidd (1994) que nos hablan de que personas que viven en la marginación y sin hogar consiguen mantener como único vínculo con un ser vivo, la relación con su perro.

### **Hacia un modelo teórico de las Terapias Asistidas con animales desde una perspectiva antropológica y psicodinámica**

Estos estudios citados tienen en común la ausencia de explicaciones sobre el mecanismo que subyace a los efectos terapéuticos del animal. Algunos autores reconocen la necesidad de llenar un vacío teórico en este sentido, pero otros suelen confundirlo o sustituirlo con una enumeración de los beneficios físicos y emocionales que los animales nos proporcionan y que ya he reflejado ampliamente en el apartado anterior.

Hay consenso en que la Terapia Asistida por Animales se sustenta en un vínculo “animal-persona” desarrollado a lo largo del proceso evolutivo del ser humano y de los animales domésticos. En una tumba de hace unos 12.000 años, en Israel, se encontraron restos fósiles de una persona abrazada a su perro (Villalva y Ochoa, 2007). Al relacionar este tipo de enterramiento con las modernas Terapias con Animales, nos surge la necesidad de

preguntarnos qué mecanismos se nos ocultan tras este tipo de vínculos que han permanecido intactos tras milenios de desarrollo y nos han acompañado a lo largo del pensamiento mágico, el mito, la religión, el arte, la ciencia, y siguen vigentes en la actual era tecnológica en donde se persigue sustituir la relación con el animal real por mascotas virtuales a quienes cuidar, o perros robots que según anuncia la propaganda son capaces de mostrar emociones.

En la búsqueda de los mecanismos afectivos, que pueden interactuar para generar estos cambios, he encontrado dos referencias desde una perspectiva psicoanalítica, una de ellas está vinculada a la teoría del apego de Bowlby y Ainsworth y otra a la teoría del objeto transicional de Winnicott.

El apego es el vínculo afectivo que desarrollan determinadas especies (entre ellas la humana) con sus madres(o sustitutos) y que les proporciona la seguridad indispensable para el buen desarrollo físico y emocional. Existen distintos estilos de apego que se desarrollan tempranamente y permanecen normalmente durante toda la vida. El apego seguro proporciona un sentimiento de confianza, favorece la capacidad exploratoria y genera para con el otro vínculos amorosos que proporcionan estabilidad y bienestar. Frente a ellos estarían el apego ansioso o el desorganizado que producirían mayormente malestar y síntomas psicopatológicos.

En nuestro caso, el animal proporcionaría vínculos de apego seguros desde el momento en que se generan a partir de la calidez, la expresividad de las emociones sin artificios, y la cohesión.

Otro acercamiento a las razones por las que un animal puede ser terapéutico nos lo proporciona Boris Levinson al afirmar que el perro actúa como “un objeto transicional” para que el niño establezca una relación, primero con el animal, luego con el terapeuta y finalmente con las demás personas de su entorno. Creo que es importante profundizar en esta idea y en las hipótesis formuladas por Winnicott en relación con este tema:

Lo que caracteriza al objeto transicional es su naturaleza de “estar en medio”. El osito de peluche, el muñeco, o el trozo de manta o de trapo, con el que se vincula el niño en sus primeras etapas, están en medio entre la fantasía y la realidad, entre el mundo interno y el externo, entre el “yo” y el “no yo”. En la infancia esta zona intermedia es necesaria para el inicio de una relación entre el niño y el mundo, su característica básica es que no es objeto de desafío alguno porque no se le presentan exigencias. Solo es un lugar de descanso y defensa de la ansiedad. Pero es a partir de ahí, de ese espacio, desde donde el ser humano puede iniciar su juego entre la fantasía y la experiencia. “Para dominar lo que está afuera, es preciso hacer cosas, no solo pensar o desear, y hacer cosas lleva

tiempo. Jugar es hacer” (Winnicott, 1972).

En estado de salud una persona amplía sus intereses y sus relaciones, pero en estado de depravación, uno de los recursos para la supervivencia consiste en sumergirse en este espacio intermedio que nos retrotrae a los primeros momentos de nuestro desarrollo.

Ya en la vida adulta se crearían otras formas de espacio transicional, que junto con el juego, se constituyen en sitios de refugio cuando las cosas se complican en la vida real. Estos sitios de nuestra mente nos alivian de la tensión, y desde aquí podemos seguir creando nuestro mundo objetivo y subjetivo, serían entre otros el arte, el mito o la religión.

Me pregunto cómo ubicar a una mascota en este lujoso modelo teórico. Y la respuesta no puede ser otra más que el animal participa de este espacio transicional desde el momento en que realizamos sobre él una identificación tan profunda que se convierte en un vehículo que nos transporta a un lugar muy específico dentro de nuestra subjetividad, de nuestros afectos y emociones.

Es fundamental, por este motivo, distinguir cuál es la naturaleza de las identificaciones que realizamos sobre nuestros animales, y lo es, porque la necesitamos para averiguar cuál es ese lugar de destino adonde nos traslada el vínculo con el animal. Es Konrad Lorenz, uno de los pilares de Bowlby en su teoría del apego quién nos sitúa en el camino con una frase intuitiva y al mismo tiempo sustentada en toda una vida dedicada a estudios etológicos: “El deseo de tener un animal tiene su origen en un antiguo deseo primario, el deseo del hombre moderno de volver al paraíso perdido”.

Ahora, lo que me interesa es averiguar la naturaleza de este paraíso perdido, y pienso que constituye un momento evolutivo que alude a nuestros aspectos más primitivos, tan negados y temidos como evidentes. El hecho de que seamos organismos vivos inmersos en una naturaleza de la que dependemos para nuestra supervivencia, nos acerca a las teorías del biólogo Von Uexküll (1864-1944) considerado como uno de los máximos zoólogos del siglo XX y uno de los fundadores de la ecología. De alguna forma se niega a hablar de formas superiores e inferiores de vida: “Cada organismo, hasta el más ínfimo no solo se encuentra adaptado en un sentido vago, sino enteramente coordinado con su ambiente.” Y el mundo humano no constituye una excepción de las leyes biológicas que gobiernan la vida.

A nivel antropológico, en nuestras raíces más cercanas, el pensamiento mágico convive con el pensamiento racional. En muchas tribus mal llamadas primitivas, el conocimiento

riguroso de las técnicas de siembra y recolección de la cosecha no impiden el desarrollo de rituales mágicos para evitar aquello que el hombre no puede controlar: las lluvias torrenciales o la sequía. En este tipo de sociedades el hombre no ocupa un lugar destacado por encima de otras especies. La unidad de la vida hace que ésta posea la misma dignidad en sus formas más humildes y más elevadas. Los hombres, los animales y las plantas se hallan al mismo nivel, y se hallan regidos por un principio de solidaridad (Levi-Strauss, 1997).

En el hombre moderno, inmerso en una sociedad tecnológica, se produce de la misma manera una convivencia armónica durante los primeros años de su vida entre un universo mágico (representado por la creencia en cuentos y fantasías) y uno racional. Quizás por este motivo el vínculo con los animales en esta época adquiere características animistas y la relación que se establece con ellos es de igual a igual. Pero estaríamos equivocados si pensáramos que con el crecimiento el pensamiento mágico desaparece en su totalidad. La creencia en la astrología, el tarot, la quiromancia, y en diversos tipos de rituales que nos proporcionan una pseudo-estabilidad en un universo cambiante y fuera de nuestro control, conviven con los procesos lógicos más complicados y refinados en una completa armonía. Esta situación nos indica que el gobierno de nuestras experiencias a través de la lógica y las emociones, puede convivir con las emociones de nuestros animales en un entendimiento y equilibrio que nos proporciona el espacio natural en el que ambos habitamos.

Es posible, sin embargo, que la rapidez del avance de nuestra especie a lo largo de la historia, y de cada individuo en particular en la construcción de su propia biografía, produzca en algunas ocasiones una suerte de **extravío** que generarían una serie de **síntomas**. Y es posible que sea en ese momento cuando la mirada y los movimientos del animal nos permitan pararnos, salir de nuestro complejo universo simbólico y comunicarnos de otro modo que pertenece a nuestro pasado evolutivo. En presencia del animal el organismo humano se reacomoda en otros patrones de funcionamiento, se ralentiza y se genera de forma provisional, o más estable, dependiendo de las circunstancias, una forma de homeostasis con el medio físico y mental, diferenciada a la que estamos acostumbrados en nuestro quehacer cotidiano.

Se produciría en estos momentos como consecuencia del reajuste una suerte de realojo psicofísico, que doy en llamar **el realojo emocional** y que viene determinado por un profundo estado de bienestar y relajación del que no somos conscientes porque se produce desde la inconsciencia, desde el ello, y por este motivo permanece oculto a nuestros ojos. Iniciamos un proceso a través del cual nos ubicamos emocionalmente en un espacio intermedio del que fuimos desalojados en la medida en que íbamos creando filogenéticamente nuestro universo



simbólico.

Lo simbólico amplía de forma inabarcable nuestro espacio físico y nos coloca por llamarlo de alguna manera por encima de la naturaleza. El hombre ha sufrido una reversión del orden natural y no puede escaparse de su propio logro. “Entre el sistema receptor y el efector, que se encuentra en todas las especies animales, se constituye una compleja red de pensamiento que constituye el universo simbólico” (Cassirer, 1967). La realidad física parece retroceder en la medida en que avanza la actividad simbólica: el lenguaje, el mito, la religión, el arte, la ciencia, la tecnología, se convierten en vehículos imprescindibles para aprehender el mundo (Malinowski, 1985) Las necesidades y deseos inmediatos provenientes de nuestras partes más primitivas se postergan, o incluso se anulan en aras a objetivos que los trascienden: Son los grandes logros del pensamiento.

Sin embargo pagamos un precio por esta evolución, de alguna manera el hombre ya no conversa cara a cara con el mundo. La experiencia humana se complejiza. El hombre se traslada a vivir en medio de emociones, temores, esperanzas, ilusiones y desilusiones. “Lo que perturba y alarma al hombre -dice Epicteto- no son las cosas sino sus opiniones y figuraciones sobre las cosas”.

En este estado de cosas, propongo la hipótesis de que el animal no produce sus efectos benéficos por lo que hace, sino por lo que es. Son los gestos y los sonidos del animal los que amortiguarían nuestros deseos insatisfechos, nuestros miedos y ansiedades. No es mi mirada en un espejo, es la mirada del otro quien me dice quien soy, es mi relación con el que me mira quien me construye en cada momento (Stolorow, 2012) Es la mirada del animal la que me proporciona una morada distinta. La que nos reubica y nos reacomoda en una dimensión pasada a nivel de la filogénesis y la ontogenia. La que consigue que nuestro cuerpo y nuestras emociones se vean realojados en el paraíso perdido.

Pero ¿cuál es la naturaleza de nuestro vínculo con el animal? ¿A qué nivel se produce la comunicación con él? La respuesta es evidente, se trata de un tipo de comunicación anclado en las emociones compartidas de ambas especies. Estas emociones están sustentadas fisiológicamente en el sistema límbico. Estructura evolutiva alcanzada filogenéticamente por ciertos grupos del reino animal, incluidos los humanos, con anterioridad al desarrollo de la corteza cerebral que nos permite el desarrollo de las funciones superiores, entre ellas la conciencia.

En relación a los sentimientos que experimentamos hacia los animales, el hecho de que



no haya razones lógicas para explicar la vinculación o el rechazo que sentimos ante un animal, o la circunstancia de que no sepamos explicar los motivos que nos unen de una forma tan poderosa a un animal de compañía, nos lleva a ubicarnos en una vieja esfera de funcionamiento que escapa a nuestro control racional y está constituida por el complejo lenguaje que forman nuestras emociones.

El lenguaje emotivo funciona de forma refleja por el simple hecho de no estar generado a priori por la razón y los pensamientos. Si alguien nos recibe con hostilidad, es posible que nos asustemos y nos alejamos de él, o que nos defendamos y le respondamos con una cierta acritud. Pero lo que es seguro es que la respuesta que adoptemos, y que depende de múltiples factores relacionados con nuestra personalidad y con circunstancias externas a nosotros mismos, solo con posterioridad a su inicio será percibida conscientemente por nosotros, y podrá ser controlada en mayor o menor medida por nuestras funciones superiores.

El pensamiento y el lenguaje constituyen nuestra última adquisición evolutiva, y son la base del simbolismo humano. Para alcanzar este estado de desarrollo, el niño tiene que comprender que cada cosa tiene un nombre. Pero no basta con eso para completar la transformación que hemos alcanzado: las palabras que al principio constituyen signos o señales mecánicas, se tienen que convertir en pensamientos. Este proceso genera una auténtica revolución intelectual que de alguna manera nos reacomoda en el mundo de una forma distinta y nos introduce en el entramado social y cultural que hemos construido (Keller, 1912). Pero debajo de este lenguaje, en una capa más antigua, pero no inferior, se mueven las emociones.

Debemos tener en cuenta que desde el momento en que existen dos tipos de lenguaje, uno racional o simbólico, y otro emotivo, ya el lenguaje deja de ser un fenómeno simple y uniforme. Está constituido por elementos que biológicamente no se encuentran al mismo nivel. Por decirlo de alguna manera se pueden distinguir diversas capas geológicas en el lenguaje. La primera y fundamental es sin duda el lenguaje emotivo; una gran proporción de toda nuestra comunicación corresponde todavía a esta capa y está gestionada de forma refleja, irreflexiva o inconsciente. Aquí la palabra sería una mera interjección, la expresión involuntaria de un sentimiento (Cassirer 1974).

Las emociones responden igual que el resto de nuestro cuerpo y nuestra mente a un patrón de relación con el mundo exterior, de tal forma que pueden ser excitadas o distendidas en presencia o ausencia de objetos o situaciones que nos inquieten. Pero también dependen

de un patrón de relación con nuestro mundo interno, con nuestro aparato psíquico que igualmente va cambiando y tiñendo de colores los distintos afectos.

Decíamos que las emociones son involuntarias. A veces, nuestro pensamiento percibe que estamos enfadados, o cariñosos, o tristes, o estresados. Sin embargo estos afectos de alguna forma nos son impuestos, no los hemos podido elegir. Si vamos un poco más lejos podemos afirmar que en muchas ocasiones no nos damos cuentas de esta tristeza o de este malestar. Es necesario que alguien nos lo haga ver. En otras ocasiones somos plenamente conscientes de nuestras emociones pero somos incapaces de explicar qué situación, o que pensamiento las han originado. Las vivenciamos de una manera difusa, y no conseguimos otorgarles un orden que nos tranquilice. Nos estamos refiriendo entonces al alto componente inconsciente de nuestros sentimientos, afectos y emociones.

Cuando la palabra deja de ser una interjección emocional y se convierte en un símbolo, empieza a hacer referencia a algo objetivo, independiente de la subjetividad de nuestros sentimientos. Designa algo ajeno a nosotros y forma parte de una oración que posee una estructura sintáctica y una lógica definida. Esta nueva capa geológica del lenguaje estaría gestionada por la corteza cerebral. Sin embargo, ni en el lenguaje más desarrollado, el lenguaje teórico, se ha roto por completo la conexión con las emociones. Si exceptuamos al lenguaje matemático, apenas podemos descubrir una frase que no lleve algún tinte sentimental o emotivo (Cassirer, 1974).

Creo que es evidente que nuestro vínculo con los animales se realiza a través de nuestro lenguaje emocional, que es compartido con ellos, y es su vehículo de comunicación a todos los niveles. Para ellos, la expresión de sus emociones se materializa en sonidos, en miradas y en expresiones faciales y corporales. La rabia, el terror, la desesperación el disgusto, la solicitud, el deseo, las ganas de jugar y la satisfacción son expresados de esta forma (Kholer, 1989).

Un perro reaccionará a los cambios más pequeños en la conducta de su dueño; alcanzará a distinguir las expresiones de su rostro o las modulaciones de la voz humana y siempre responderá ante ellas con un lenguaje que tiene que ver con emociones de dependencia, y necesidad de apego. En contrapartida y como consecuencia de su lenguaje emotivo, una persona responderá en la misma medida ante las señales del animal, siempre que el vínculo que se establezca entre ambos dé lugar a este tipo de afectos. Deberíamos pensar que la comunicación que se ha generado entre ambas especies tendría la cualidad de ser involuntaria, o incluso inconsciente. Probablemente como consecuencia de ello, los beneficios físicos y psicológicos, que se van generando en nuestro organismo, a través de la relación de apego de

un animal con su dueño no puedan ser explicados a través de constructos teóricos basados en aspectos intelectuales.

Sobra decir que la relación entre una persona y un animal responde a tipos de vínculos diversos y no todos sanos. Esta circunstancia puede producirse porque la mascota, como objeto vincular no ofrece resistencia a nuestras proyecciones como ocurriría con otras personas o con un animal salvaje. De alguna manera cada uno de nosotros espera que “el otro” se adapte al papel que deseamos que desempeñe en nuestras vidas, y normalmente ese otro se revela. No pasa eso con la mascota, a la que vamos moldeando a nuestra imagen y semejanza.

Puede haber personas para las que el animal sea solo un vehículo para conseguir un fin, así compran una cría de perro para sus hijos como quién compra un peluche y cuando la familia se cansa del nuevo juguete el animal es abandonado a la desesperación y la muerte, o se hacen de un perro para la cacería y si no sirve se le sacrifica, o buscan un perro que ladre para defender la casa y se le amarra a un metro de cadena del que nunca son soltados hasta que se produce la muerte prematura debida a la inmovilidad. Este tipo de personas no establece una relación emocional con el animal, no pueden detectar sus necesidades. Como consecuencia el animal es tratado como un objeto sin vida y sin emociones. Evidentemente para este tipo de personas, la terapia asistida por animales no resultaría significativa, y se debería buscar otras alternativas terapéuticas.

En realidad, y sin necesidad de llegar a estos extremos, existen a grandes rasgos dos tipos de vínculos, unos están basados en el amor y la cooperación, mientras que los segundos son de naturaleza persecutoria. Cuando predomina el vínculo de amor, el otro, es percibido como algo bueno que me puede acompañar (Klein, 1990). La relación que se establece, en este caso con el animal, sería vivida como dotada de cualidades generadoras de tranquilidad, relajación, seguridad y estabilidad. La psicoterapia con animales en este caso generaría situaciones creativas en donde se puede producir el crecimiento personal a través del juego y el vínculo con el terapeuta.

Cuando el vínculo es de naturaleza persecutoria, la relación con el otro es vivida como algo malo que me puede arrebatar mis cosas, incluso mi identidad. La realidad es percibida de forma hostil. Hay mucho miedo en este tipo de vínculo, y predominan el deseo de posesión, la necesidad de controlar al otro, el dominio sobre el débil y el consiguiente sometimiento ante el percibido como más fuerte etc. (Grinberg, 1985). En este caso, ocurre con frecuencia que la relación que se establece con el perro es o de indiferencia o de control y dominio (porque un

animal domestico está indefenso ante este tipo de vínculo), y el que se establece con el terapeuta de enorme desconfianza.

En este último caso, el paciente no está usando al animal como un “objeto transicional” que sirva de vehículo para descubrir el mundo externo porque posee la intuición de que esta realidad externa no tiene nada que ofrecerle, que carece de la capacidad de protegerle y cuidarle (Winnicott, 2005) El proceso terapéutico en este caso debe estar orientado a cambios en los tipos de vínculos tanto con el animal como con el terapeuta, de forma que el perro se convierta en un objeto de transición al mundo externo en la medida en que puede dejar de ser percibido como indiferente o peligroso, y el terapeuta en alguien lo suficientemente bueno como para generar confianza y ayudar al abandono de los síntomas que hacen sufrir, sin que ello suponga un peligro para la identidad (Grinberg, 1993).

### Ilustraciones apoyadas en la ficción

No es raro encontrar en la literatura psicoanalítica estudios de personajes de ficción que nos sirven como soporte para analizar relaciones entre personajes, situaciones o procesos mentales complejos. Con este método se intenta introducir un modelo teórico en historias cuya trama nos resulta idónea para explicar y justificar aspectos mentales que si hicieran referencia a personas reales tendríamos que callar como protección a la intimidad de los involucrados.

Es muy frecuente en las novelas encontrar historias que por las relaciones entre sus personajes, por la complejidad de sus protagonistas o por el tipo de situaciones que se generan, se muestran como un ejemplo idóneo para dar explicación de nuestras hipótesis de trabajo. Son clásicos los estudios de Freud sobre “la Gradiva” de Jensen, de Ernest Jones sobre “Hamlet” para justificar el complejo de Edipo, de Melanie Klein sobre “Si yo fuera usted”, de Julien Gren, o de León y Rebeca Grinberg sobre “Las cabezas trocadas” de Thomas Mann.

Para intentar sustentar el modelo teórico del animal como objeto transicional entre el mundo interno y el mundo externo en el ser humano, voy a recurrir al mismo método, solo que en esta ocasión recurriré en lugar de a la novela al mundo cinematográfico. Una razón para ello podría ser que en la novela el personaje en parte debe ser recreado por el lector. Al no contar con imágenes, es el que lee quién las inventa, y es en su fantasía en donde se desarrolla una trama que a veces da lugar a más de una interpretación. La película es más directa, más obvia, los personajes ya están dibujados. Así, junto con la creación de un guión que cuenta una historia, coexisten otras formas de arte: un actor que interpreta al personaje y

un director que construye en imágenes lo que inicialmente solo son palabras. No creo que la película desmerezca en cuanto a emotividad lo que una novela puede hacernos sentir. Un buen actor puede arrastrarnos a emociones humanas de una sutileza casi imperceptible, y un buen director nos puede llevar al vértigo de una historia que movilice emociones de todo tipo, que nos atrape y nos haga salir de nosotros para entrar en una ilusión, que en última instancia es uno de los objetivos del pensamiento creativo. En este caso del séptimo arte.

### *Melvin*

La primera viñeta clínica se refiere a como Melvin Udall, el protagonista de “Mejor imposible” (Película dirigida por James L. Brooks con guión de Mark Andrus y protagonizada por Jack Nicholson, Helen Hunt, Greg Kinnear y Cuba Gooding Jr.) resuelve su historia, de la mejor manera posible dadas sus circunstancias, y de cómo el dejar que un perro, “Verdell”, entre en su vida, le ayuda a hacer el tránsito desde el aislamiento, la incomunicación y la soledad, hacia la percepción de la otra persona como un semejante con valor propio. Esta transformación le permite admitir al otro en su existencia para compartir experiencias y situaciones vitales.

Melvin es un escritor de éxito, una persona acomodada que solo se relaciona con los demás cuando tiene que cubrir una necesidad básica. El resto del tiempo lo pasa en su casa en donde nunca ha entrado nadie, fantaseando sobre el amor y escribiendo novelas rosas. Los vecinos que tienen la desgracia de topársele, se enfrentan a su absoluta falta de empatía, su indiferencia, su falta de respeto, y a una lengua viperina que hace que los que le rodean intenten desaparecer cuanto antes del punto de mira de su malevolencia. y su cinismo. Melvin solo tiene una cosa buena, en el no existe la falsedad ni la hipocresía, no tiene necesidad, cualquier forma de doblez sobra en alguien que no tiene ningún reparo en espetarle cualquier cosa al otro en su misma cara.

Funciona con la fantasía inconsciente de que todo lo que hay de bueno en el mundo está dentro de él. Fuera solo queda lo degradado, lo inútil y lo peligroso. Desde el momento en que surge esta fantasía, lo exterior debe ser mantenido a distancia. Las relaciones con los demás se limitan al mínimo porque en ellos no hay nada que Melvin pueda necesitar, su coraza narcisista le defiende de cualquier sentimiento de carencia, de dependencia o de necesidad del otro.

Sin embargo esta coraza es muy frágil, sus agresiones verbales a los demás, no le sirven para mantener a distancia el peligro, sobre todo porque cuanto más rechaza y degrada a los otros, más miedo siente del mundo exterior. Sus muchos rituales mágicos (el lavado de manos, no pisar las juntas de las baldosas, cerrar las cerraduras un nº determinado de veces etc.) solo

son la muestra del inmenso esfuerzo que tiene que realizar cada día para sentirse a salvo. En realidad la vida de Melvin transcurre sin movimientos en el mundo real, hay toda una parálisis defensiva frente a un mundo que le atemoriza. Toda la acción, las relaciones amorosas, los afectos más apasionados que tanto necesita viven solo en su fantasía, y gracias a su inteligencia y creatividad es capaz de plasmarlas en novelas, que son uno de los pocos vínculos que mantiene con el exterior.

Por pura necesidad va a comer a un restaurante en donde la única persona que le soporta y le atiende es Carol, la camarera, pero donde tiene que llevar sus propios cubiertos de plástico para evitar que le puedan contagiar una enfermedad y donde se tiene que sentar siempre en la misma mesa, para protegerse de cualquier cambio. Oír hablar a Carol, una joven madre sin pareja, sobre sus ilusiones, problemas y su preocupación constante por la salud de su hijo con las otras camareras, se va convirtiendo en una forma de vínculo afectivo con ella, aunque solo participe como simple espectador. Hay otros en la vida de Marvin con los que de alguna manera no puede evitar relacionarse, son Simon, su vecino, un artista gay, y su perrito “Verdell” ambos víctimas habituales de su mordacidad, y de su obsesión por la limpieza.

La trama se activa cuando unos delincuentes entran en casa de Simón para robarle, y le propinan una colosal paliza que le lleva a un hospital durante el tiempo suficiente como para contraer deudas que le dejan arruinado, además de quedar incapacitado para trabajar y tan traumatizado que su vida empieza a desmoronarse. Cuando se lo llevan al hospital, su amigo Frank amenaza a Melvin con perder los estribos si no recoge al perro hasta que vuelva su dueño, y Melvin que es un gran cobarde, se somete y deja que el perro entre en su piso. Sus primeras palabras al cerrar la puerta asustado son: “nunca había estado nadie aquí dentro” a continuación empieza a realizar de forma frenética uno de sus rituales para aplacar el miedo: abrir y cerrar cada una de las numerosas cerraduras cinco veces antes de cerrar la puerta de entrada. A continuación mira al perro y le dice “estás muerto, aquí no tenemos comida para perros, no queremos comida para perros, comerás comida humana”. Y le pone delante un plato inmenso con una pieza gigantesca de carne cruda que hace que el perrito retroceda aterrorizado.

Creo que es en este momento cuando Melvin, por primera vez desde su infancia hace una identificación con otro ser, una identificación entre su propio terror ante la vida y el del pobre animal al que han desalojado de su casa y su dueño. Y siente que hay algo en común entre los dos. Es más, siente que no hay peligro en que el perro forme parte de su casa, entonces empieza a tocarle el piano y a cantarle para que se tranquilice y coma. Y funciona, poco a poco los dos se tranquilizan, y el perrito se acerca despacio a la comida y empieza a

lamerla. Melvin suspira aliviado. El perro ha iniciado el proceso de convertirse en objeto transicional.

El proceso para que el perro se convierta en objeto transicional requiere de una internalización previa, es decir, es necesario un traslado de algo del mundo externo al mundo interno, en donde pasa a formar parte del yo aunque siga manteniendo su propia realidad externa de forma paralela. La internalización del objeto-perro implicaría cederle espacio dentro de nuestra mente y para ello es necesario que en ese momento predomine un vínculo de amor y de cooperación. De esta forma se vive lo internalizado como algo que produce bienestar y que puede integrarse. Se vivencia al objeto-perro como algo que tiene libertad para entrar y salir libremente de nosotros, haciendo lo que desee. Funcionaría como un invitado extranjero que tiene libertad plena para moverse dentro del país del que es huésped (Grimberg 1985).

A partir de este momento se produce mediante el curso de una introyección una suerte de relación o de dialogo interno pero a la vez externo persona-animal, donde las palabras no son necesarias y las miradas y los gestos son la base de la comunicación. Esta relación permite la autonomía de ambas partes y produce al mismo tiempo una ligazón basada en la gratificación y la confianza.

La primera vez que Melvin sonrío en la película es cuando unos niños se acercan al perro mientras él come en la puerta del restaurante (porque se ha cambiado de mesa para poder estar cerca del animal) y le acarician. Se muestra tan satisfecho como si le acariciaran a él. Intenta hablar con Carol, pero en realidad todavía no puede, no le interesa. El vínculo es aún demasiado frágil. Al salir del restaurante Melvin realiza uno de sus rituales habituales que consiste en saltar de baldosa en baldosa del suelo sin pisar las juntas. El perrito le imita y empieza a saltar las juntas igual que él. Melvin se emociona por primera vez con algo que no es un producto directo de sus fantasías: sus novelas rosa. Lo coge en brazos y le dice lleno de gratitud y orgullo que es el mejor perro del mundo: Verdell ya se ha transformado en objeto transicional. Ya forma parte del mundo interno y a la vez externo de Melvin.

Simon se recupera lentamente, ya puede volver a cuidar de su perro, y Frank llama a la puerta de Marvin para decírselo. Ahí surge por primera vez un nosotros. Contesta a través de la puerta: “no queremos compañía”. Después de hablar con Frank sabiendo que el perro se irá al día siguiente le entra un ataque de ansiedad, se repite a si mismo que todo va bien, pero no se lo cree y se pone a llorar. Cuando el perro se va, intenta tranquilizarse tocando el piano, pero esto ya no le sirve. Acude a su psicoanalista, (quizás un segundo objeto transicional) para



que le quite ese sentimiento doloroso, la tristeza, pero ese día no le puede atender y tiene que buscar otras alternativas, tiene que buscar personas reales.

A partir de este momento Melvin empieza a cambiar. Ya hay dentro de él un hueco para el otro que “Verdell” facilitó. Y una sensación de carencia que necesita ser cubierta. Cuando Carol empieza a faltar al trabajo al agravarse la enfermedad del hijo, él empieza a vislumbrar que la necesita. Intenta ayudarla proporcionándole un buen médico que atienda al niño, y consigue que Carol resuelva sus problemas familiares, para que vuelva al trabajo y siga sirviéndole la mesa. Al menos eso le dice a ella. Hasta que empieza a comprender que necesita de ella mucho más que eso.

Empieza a ayudar a Simón, al principio solo para estar cerca de “Verdell”, le lleva sopa al enfermo, y hace como si se preocupara de él. Sin embargo, sin darse cuenta, empieza a hacerse eco de las angustias de este hombre que lo ha perdido todo, incluso el cariño de su perro que ahora solo reconoce a Melvin como dueño. La simpatía y la piedad se apoderan de él e intenta compartir a “Verdell” con su nuevo amigo que termina convirtiéndose en el confidente de sus amores con Carol: “Estoy encallado, le dice, no puedo volver a mi antigua vida. Ella me ha expulsado de mi vida”.

A partir de aquí el mundo deja de ser algo que solo da miedo porque Melvin ya no está solo. Está rodeado de personas y las personas pueden hacer sufrir y sentir dolor, así de Carol se lamenta diciendo: “cuando alguien entiende que le necesitas amenaza con marcharse”. Pero también dan compañía y consuelo: “Carol, déjame que te haga un cumplido, tú haces que quiera ser mejor persona”. Los demás pueden empezar a ser percibidos, junto con sus emociones y sus sentimientos, en la medida en que Melvin siente sus propias emociones. Descubre la bondad en los otros, en la medida en que se va llenando de bondad interna porque ya ha empezado a transitar entre el mundo interno y el externo. Marvin ya no solo es creador en su fantasía sino que ha comenzado a crear en sus relaciones con los otros. Los vínculos intersubjetivos están funcionando. El exterior ha empezado a abrirse y se puede crear vínculos con él. Las relaciones de amor y amistad pueden empezar a construirse con grandes dificultades conviviendo con la animosidad y beligerancia propias de Melvin.

Soy de la opinión de que Melvin no consiguió crear un objeto transicional en su infancia. De alguna manera esa madre de la él habla - que estuvo los últimos once años de su vida sin salir de su cuarto, y que golpeaba al niño en las manos cuando se equivocaba de nota al tocar el piano -, no pudo en sus primeras relaciones con su bebé responder de una forma estable y sintonizada a las necesidades afectivas de su hijo (Stolorow, 2012). No hubo la armonía

imprescindible como para permitir un intercambio fluido de afectos entre el mundo interno del niño y el mundo interno de la madre. En este caso la madre no proporciona el sostén necesario a su hijo como para permitirle mantener un vínculo amoroso con el exterior, y el objeto transicional se vuelve carente de sentido (Winnicott, 2005)).

En la infancia de Melvin se producen una serie de internalizaciones de naturaleza destructiva. Hubo un predominio del odio sobre el amor, y el otro es vivenciado como persecutorio (Segal, 1984) Consigue para sobrevivir mantener una visión idealizada de sí mismo a la que da vida a través de sus novelas, pero es a costa de una coraza narcisista que le impide ningún contacto real con las personas del mundo exterior en donde está depositado todo lo degradado: “Bueno os voy a presentar esta es Carol, la camarera, y aquí Simón, el marica.” El miedo es el principal síntoma de este mecanismo y todo lo externo a Melvin debe ser mantenido a distancia. El ritual obsesivo constituye en él la manera de mantener alejados estos dos mundos opuestos e irreconciliables de manera que cualquier experiencias real de dolor y privación pueda ser apartada y negada (Segal, 1984). Su necesidad de amar y ser amado queda limitada al terreno de la fantasía en donde teje una red de relaciones idealizadas e imposibles de ser cuestionadas desde la realidad.

En cuanto que el objeto transicional no está construido, el perro de su despreciable vecino no tiene para él significado como ser vivo, no hay intercambio de emociones ni con el perro ni con las personas, por eso le tira al principio de la película al vertedero de basuras cuando lo ve levantar la pata para orinar contra la pared del rellano. Para Melvin, la limpieza constituye un ritual protector, y el perro está ensuciando. Razón sobrada para deshacerse de él. No existe la intención de causarle un daño real, solo se le tira junto a las demás cosas que no sirven.

En contrapartida el proceso de crear un objeto transicional pasa por dotar a algo de un significado basado en la seguridad y en la confianza incondicional. Este es proceso que “Verdell” y Melvin recrean juntos.

### **Don Justo**

Nuestro segundo protagonista es Don Justo, de la película “Historias Mínimas” con guión de Pablo Solarz y dirección de Carlos Sorin. Protagonizada por Javier Lombardo, Antonio Benedictis, Javiera Bravo y Laura Vagnoni.

Don Justo tiene 80 años, regentó toda su vida un bar de comidas a pié de carretera que ahora lleva su hijo, y su existencia transcurre sentado a la puerta del establecimiento viendo pasar los coches y la gente. La impresión que causa es la de estar detenido o paralizado, viendo

como transcurre la vida ante sus ojos. El espectador podría suponer que es tan viejo que ha perdido ya cualquier mecanismo de acción que antes pudiese tener.

Un día un cliente de paso le comenta: “Don Justo ¿sabe que vi al “Malacara” en San Julián?”. La mirada del abuelo parece despertar de un ensueño y se vuelve alerta, le pregunta, “pero si hace ya años que se perdió ¿está usted seguro?” Y su cara a partir de ese momento se transforma, es como si cobrara vida.

A la hora de la comida le dice a su hijo y su nuera: “han visto al “Malacara” en San Julián. El hijo le dice “¿cómo va estar ese perro en San Julián, a más de 300 Km de aquí?, Es imposible”. Don Justo se queda pensativo, le dice al hijo, con la precaución de quién depende para todo del otro, que a él le gustaría ir a buscarlo. La respuesta es: “Pero padre, si usted no puede ni ir al baño solo, ande olvídense de ese maldito perro de una vez”.

Cuando llega la noche, Don Justo espera a que todos estén dormidos, se levanta de la cama, se calza unas zapatillas deportivas, coge un poco de dinero y sale a la carretera. Empieza a caminar en dirección a San Julián, va a buscar a “Malacara”.

Es a partir de este momento cuando empezamos a darnos cuenta de que dentro del anciano existe una pasión que nos había pasado desapercibida y que como todas las emociones escapa al control de su voluntad. También empezamos a darnos cuenta que el vínculo con ese perro es más importante que su necesidad de seguridad y que su bienestar. El vínculo relega todo lo que ha sido su vida en los últimos años a un segundo plano, y le hace iniciar un camino. Como figura metafórica, el abuelo camina por la carretera buscando algo que se le perdió, no sabemos si es a un perro o una parte de si mismo que necesita encontrar. Para nuestra hipótesis busca las dos cosas, porque el perro y esa parte de si mismo perdida son lo mismo. Y constituyen un objeto transicional que el abuelo ya no tiene.

En su recorrido va conociendo a personas que le van acercando a San Julián, e intenta ocultarse de ese hijo que no le permitía iniciar ese trayecto que para el abuelo es vital, precisamente porque está más allá de la supervivencia física. Un viaje apoyado solo en la esperanza. Cerca ya del final del camino, conocemos la naturaleza del vínculo. Don Justo encuentra a una persona que le acoge, le protege y se compromete a ayudarlo a encontrar a su perro. Entonces le cuenta una historia que nos hace entender la dimensión trágica del abuelo y vemos, como tras su aparente futilidad, la fatalidad entró a formar parte de su vida.

Don Justo unos años antes se vio obligado a desplazarse en coche a otra ciudad para regularizar su carnet de conducir, y se llevó a su perro, el “Malacara” para que le hiciese

compañía, y le protegiese de ese viaje largo que daba miedo. En la consulta con el oculista que evaluaba su capacidad visual, ya entendió que su vista había pasado de ser fiable, a convertirse en algo insuficiente y torpe. En el camino de vuelta la luz del sol le ciega, y atropella a un hombre que pasaba por el camino. Don Justo no para, pasa de largo. El perro se quedó mirando a Don Justo el resto del trayecto, como entendiendo lo que había pasado. Al llegar a casa estuvo toda la noche aullando, y luego se marchó, abandonó al anciano.

Le pregunta el abuelo a su nuevo amigo si él cree que los perros entienden del bien y del mal, porque está seguro de que “Malacara” no se perdió, se fue en respuesta a la maldad de su dueño.

Vemos a lo largo de la historia de Don Justo como, a diferencia de Melvin, él sí consiguió crear en su infancia un objeto transicional, que le permitió abrirse al mundo y construir una vida. Tanto dentro de él como en el exterior conviven la suficiente cantidad de cosas buenas como para permitirle poseer un sentimiento de seguridad y de confianza en su propia valía. El mundo pasa a ser un lugar lo suficientemente bueno como para poder construir en él un trabajo que le permite relacionarse con los otros y una familia. “Malacara” constituye una continuación de ese objeto transicional que es una parte de él y una parte de afuera, que puede brindar compañía y seguridad porque posee un significado enraizado en fantasías protectoras.

Después del atropello, Don Justo, junto con “Malacara”, no puede dejar de mirarse a sí mismo. Un proceso sin control está ocurriendo dentro de él, y cuando llega la noche se desata: los aullidos de “Malacara” son parejos al dolor sin tregua del anciano, dolor por su fracaso como ser humano, que no le ha permitido ayudar a quién ha herido a salvarse de la muerte, dolor por el desmoronamiento de su autoimagen que le hace salir de lo que hasta ahora fue su vida. Cuando esa noche el dolor deja de ser soportable se produce una ruptura dentro del abuelo. Su conciencia se instala en la culpa. El mal queda adentro, y la vivencia de soledad se apodera de él.

“Malacara” se hace cargo de todo lo que Don Justo fue antes de iniciarse la tragedia, y se lo lleva. Así consigue que todo lo bueno que había en el anciano de alguna forma pueda seguir viviendo. Queda pues un interior desolado, vacío y un objeto transicional que tiene que ser expulsado al exterior con lo que quedaba de valioso, para ser protegido de la vileza interna (Segal, 1984) El ideal del yo del anciano se derrumba y “Malacara” se hace cargo de él, representando las aspiraciones morales que Don Justo ya no se ve capaz de defender.

En la proyección transportamos una propiedad desde nosotros hacia otros, en este caso el perro. En realidad no nos liberamos de nada porque en nuestra mente continua viviendo, y de alguna manera siendo recordado. Pero constituye una pérdida. De ahí que Don Justo quede paralizado mirando hacia un camino donde los otros van y vienen, pero por donde el ya no puede transitar (Grinberg, 1985).

La búsqueda de “Malacara” supone una necesidad de integración, de juntar la culpa y el perdón. El deseo de repararse a sí mismo y de recuperar esas partes que permitían al abuelo relacionarse con la vida a través de un intercambio significativo con los demás. En este anciano, el objeto transicional como vinculo simbólico entre el mundo interior y la realidad se vio seriamente dañado. Propongo que Don Justo se fue aislando del exterior en la medida en que “Malacara” se alejaba de él, y vuelve a vincularse con los otros al echarse a la carretera y aceptar la ayuda y generosidad que estas personas le brindan y que de alguna forma le redimen. Es en este proceso en donde se produce una transformación interna que le permite recuperar su pasado depositado en el animal.

Creo que aún hay algo más en la historia de Don Justo. El es muy viejo, y la idea de la muerte debe rondarle desde hace tiempo. La búsqueda de “Malacara” cobra en este sentido otra dimensión. Sería como si el anciano quisiese llevarse todo su equipaje, no dejar partes rotas de él antes de abandonar este mundo. En ese afán integrador, el anciano mentalmente está reparando el daño causado (Klein, 1990) pidiendo perdón a la víctima del atropello e intentando por esa vía, perdonarse a sí mismo a través de su objeto transicional. Si el perro que le juzgó y le condenó al abandono y la soledad decide volver con él después de este peregrinaje espiritual que realiza el anciano, es porque quizás ya haya conseguido expiar su culpa y pueda aunar dentro de sí sus partes dispersas, pueda realizar una conciliación de todo lo bueno y todo lo malo que ha vivido desde sus primeros días; todo lo que ha recibido del mundo externo, y sentido en el mundo interno; experiencias felices y desdichadas, vínculos con la gente, actividades, intereses y pensamientos de todo tipo (Klein, 1990).

Don Justo decide que no puede seguir barriendo de su mente partes de su vida dolorosas, porque la pobreza y el vacío que le originan, no son las vivencias con las que él quiere marcharse. Ha decidido reintegrar su historia y su objeto transicional ha sido el vehículo (Winnicott, 2005).

## Conclusiones

El propósito de este artículo es mostrar que desde una lectura psicoanalítica y

antropológica de la Terapia Asistida por Animales, ésta pueda ser utilizada con éxito como técnica para el tratamiento de trastornos emocionales. En este sentido, pasaría a ser denominada **Psicoterapia Asistida por Animales** porque la presencia de un profesional de la salud representado por un psicoterapeuta experimentado sería preceptiva. La terapia tendría el encuadre habitual en las psicoterapias de orientación psicoanalíticas, y la única diferencia consistiría en que un animal, en este caso un perro interactuaría con el paciente y el terapeuta a su voluntad. Esta diferencia en el encuadre respecto de la psicoterapia tradicional marca una diferencia fundamental : Ya no solo se trabaja el universo simbólico y afectivo que el paciente puede intuir desde su conciencia, y que el terapeuta le ayuda a incorporar, sino que aspectos emocionales no percibidos por ninguno de los humanos implicados y que están produciendo síntomas, pueden, inicialmente, ser realojados en el co-terapeuta animal de forma inconsciente conduciendo a un reacomodo de sensaciones dolorosas y separadas del pensamiento.

Inicialmente los afectos se experimentan como sensaciones del cuerpo, hasta llegar a estados subjetivos que pueden ser articulados verbalmente (Krystal, H. 1988). Estas sensaciones del cuerpo podrían ser depositadas en el animal, convertido en objeto transicional, de tal forma que se favorecería el tránsito desde lo corporal a lo simbólico, desde las sensaciones a los sentimientos.

La mente y el cuerpo son los dos elementos de la vivencia que tenemos de nosotros mismos, pero pasa con frecuencia que nos habituamos a una desunión entre ambos, de suerte que se siente que habitan en planos separados (Stolorow 2004.). Una perspectiva relacional supondría una mayor integración, y la concepción de ambos como un único sistema. Opino que desde el momento en que el cuerpo puede ser incorporado a la psicoterapia, el animal como co-terapeuta puede ser incorporado junto con él.

Desde esta perspectiva, el psicoterapeuta, junto con el animal, tendrían la misión de crear un “contexto intersubjetivo” facilitador, donde desde la confianza, la seguridad y la empatía se pueda favorecer un proceso de crecimiento seguro.

## REFERENCIAS

- Anderson, W. et al.(1992). Pet ownership and risk factors for cardiovascular disease. *The Medical Journal of Australia*. 157(5) 298-301.
- Barak, Y. et al. (2001). Animal-assisted therapy for elderly schizophrenic patients. A one-year controlled trial. *The American Journal of Geriatric Psychiatry* Vol.9 pp.439-442.

- Barquer, S. y Dawson, K. (1998). The effects of animal-assisted therapy on anxiety ratings of hospitalized psychiatric patients. *Psychiatric Services*. Vol. 49 nº 6.
- Bowlby, J. (1969). *El apego*. Barcelona: Paidós 1998.
- Cassirer, E. (1974). *Antropología Filosófica*. Mexico: Fondo de Cultura Económica castellana e introducción de Juan Carlos Gómez Madrid. Ed. Debate.
- Colombo, G. et al. (2006). Pet therapy and institutionalized elderly: a study on 144 cognitively unimpaired subjects. *Archives of Gerontology and Geriatrics* Vol. 42 pp.207-216.
- Corson, S., Corson E., Gwine, P y Arnolt, L. (1977). Pet dogs as non verbal communications links in hospital psychiatry. *Comprehensive Psychiatry*.
- Darwin, Ch. (2009). *El origen de las especies por medio de la selección natural*. Ed. CSIC.
- Fairbairn, W.R. (1975). *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires. Ed. Hormé.
- Friedman, E. Katcher A.H., Thomas S.A. Lynch J.J. (1983). Social interaction and blood pressure: The influence of animal companions. *Journal of Nervous & Mental Disease* 171 : pp.461-465.
- Friedman, E. Katcher, A.H. Lynch, J.J. Thomas, S.A. (1980). Animal companions and one-year survival of patients after discharge from a coronary care unit. *Public Health Reports* 95(4) pp. 307-312.
- Friedman, E. Thomas, S.A. (1985). Pet ownership, social support and one-year survival after acute myocardial infarction in the cardiac arrhythmia suppression trial. *The American Journal of Cardiology*. Vol. 76 December 15.
- Friedman, E. Thomas, S.A. (2003). Relation between pet ownership and heart rate variability in patients with healed myocardial infarcts. *The American Journal of Cardiology* . Vol. 91 March 15.
- Fuentes, B. Gallego, J y otros. (2012). Terapia asistida con perros como tratamiento rehabilitador en personas con esquizofrenia. *13º Congreso Virtual de Psiquiatría.com Interpsiquis* Feb.2012.
- Grinberg, L. y Grinberg, R. (1993). *Identidad y Cambio*. Barcelona: Ed. Paidós Iberica.
- Grinberg, L.( 1985). *Teoría de la Identificación*. Madrid: Ed. Tecnipublicaciones.
- Keller, H (1912). *La historia de mi vida*. Sevilla: Ed. Renacimiento S.A.
- Kholer,W. (1989). Experimentos sobre la inteligencia de los chimpancés. Versión.
- Kidd, A.H. y Kidd R.M.(1994). Benefits and liabilities of pets the homeless. *Psychological Reports*. 74. pp 715-722.
- Klein, M. (1990). *Amor Culpa y Reparación*. Barcelona: Ed. Paidós Iberica
- Kogan L.R. et al.(1999). The human-animal team approach for children with emotional disorders: two case studies. *Child and Youth Care Forum*. Vol. 28 pp 105-121.
- Kropotkin, Pedro (2009). *La selección natural y el apoyo mutuo*. Madrid: Ed. Consejo Superior de



Investigaciones Científicas.

- Krystal, H. (1988). *Integration and self-healing: Affect, Trauma, Alexithymia*. Hillsdale, N.J. :The Analytic Press.
- Levinson, B.M. (1962). The dog as a “co-therapist”. *Mental Hygiene*, Vol.46 pp.59-65.
- Levi-Straus, C. (1997). *El pensamiento salvaje*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Levy-Bruhl, L (1972). *La mentalidad primitiva* Buenos Aires: Ed. La pleyade .
- Malinowski, B. (1985). *Magia Ciencia y Religión*. Barcelona: Ed. Planeta – Agostini.
- Mallon, G.P. Ross, S.B. y Ross, L. (2003). Diseño e instauración de programas de terapia asistida por animales en organizaciones sanitarias y de salud mental. En A.H. Fine (Ed.), *Manual de Terapia Asistida por Animales. Fundamentos teóricos y modelos prácticos* (pp. 135-149). Barcelona: Fundación Affinity.
- Martinez Abellan, R. (2008) La terapia asistida por animales una nueva perspectiva y linea de investigación en la atención a la diversidad. *Indivisa* Nº 9 pp. 117-143.
- Mitchell, S.A. (1993). *Conceptos Relacionales en Psicoanálisis. Una Integración*. Mexico: Ed. Siglo XXI.
- Morris, Desmond (1983). *El mono desnudo*. Barcelona: Ed. Plaza & Janes.
- Nathans-Barel, I. et al.(2005). Animal-assisted therapy ameliorates anhedonia in schizophrenia patients. *Psychotherapy and Psychosomatics* Vol. 74 pp31-35.
- Nathanson, D. y de Faria, S. (1993). Cognitive improvement of children in water with and without dolphins. *Anthrozoos* Vol 6 nº 1 pp. 17-29.
- Perkins, J. Barlett, H. (2008). Dog-assisted therapy for older people with dementia. A review. *Australasian Journal on Ageing*. Vol 27 nº 4 pp. 177-182.
- Phillips, D. (2003). Research and Reflection: Animal-assisted therapy in mental health settings. *Counseling and Values*. Vol. 48.1 pp 47-56.
- Segal, H. (1984). *Introducción a la Obra de Melanie Klein*. Barcelona: Ed. Paidos Iberica.
- Serpell, J. (1991). Beneficial effects of pet ownership on some aspects of human health and behaviour. *Journal of the Royal Society of Medicine*.
- Stolorow, R.D. (2012). De la Mente al Mundo, de la Pulsión al Afecto: Una Perspectiva Fenomenológico-Contextual en Psicoanálisis. *CeIR. Revista Electrónica de Psicoterapia*. Vol 6(3) pp. 381-395.
- Stolorow, R.D. y Atwood, J.E. (2004). *Los Contextos del Ser*. Barcelona: Ed. Herder.
- Villalva Gil,V y Ochoa Guerre, S (2007). La terapia facilitada por animales de compañía como programa de rehabilitación adjunto para personas con diagnostico de esquizofrenia crónica. Madrid. *Papeles del Psicólogo*. Vol. 28 I pp 49-59.

Winnicott, D.W. (2005). *Realidad y Juego*. Barcelona: Ed. Gedisa.

Woff, A. y Frishman W. (2005). Animal-assisted therapy in cardiovascular disease. *Seminars in integrative Medicine* Elsevier Vol 2: pp131-134.

Original recibido con fecha: 30-6-2014 Revisado: 17-10-2014 Aceptado para publicación: 27-10-2014

## NOTAS

---

<sup>1</sup>Psicoanalista. Máster en Aplicaciones del perro a la Terapéutica Humana. Correo electrónico: [conchavp0000@gmail.com](mailto:conchavp0000@gmail.com)